

volátil, y de su olor. Si despues se añade un poco de sal tártara, luego se separa del mixto el espíritu de sal marina, advirtiéndose un nuevo olor fuerte, y se mezcla con la sal tártara, que es alcalina. Si á este compuesto se echa otra sal alcalina, sucederá otra nueva separacion, como se puede ver en la física química. Estos herbos, uniones y separaciones suceden en todos los cuerpos por la gran cantidad que en ellos hay de ácidos y alkalis; y tales efectos maravillosos nos hacen conocer las admirables leyes que Dios ha puesto en la naturaleza, para que las plantas y animales arrojen de sí todas aquellas cosas que no sirven ó no son destinadas para convertirse en su propia substancia. Segun este general y constante obrar de la naturaleza, no hay repugnancia alguna en que se suponga, que no siendo las carnes humanas alimento propio del hombre, estas naturalmente no puedan convertirse en substancia del cuerpo humano; y que se separen naturalmente en la segunda, tercera ó quarta digestion que se hace en el estómago, mesenterio, hígado, &c. Este modo de pensar, que se funda en el mismo obrar de la naturaleza, me parece ser muy conforme á la doctrina que sobre la resurreccion nos da San Pablo, hablando no solamente como doctor de la religion, sino tambien como gran filósofo. "Me preguntará alguno, dice San Pablo (1), ¿cómo resucitarán los muertos, y con qué cuerpos?... Yo os digo: no toda carne es la misma carne; pues es diferente la carne humana de la carne de las ovejas: diferente

(1) I. ad Corinth. c. 15. v. 35. 39. *Sed dicet aliquis: Quomodo resurgunt mortui? qualive corpore venient?... Non omnis caro, eadem caro: sed alia quidem hominum, alia verò pecudum, alia volucrum, alia autem piscium.*

es la de las aves, y diferente la de los peces."

La doctrina que hasta aquí he dado, basta para proponer y probar un caso en que sea posible la resurreccion de todos los hombres; y la suposicion de tal caso, léjos de ser repugnante ó aerea, se ha probado ser muy conforme á las actuales leyes de la naturaleza. Mas en la dicha doctrina he concedido mas de lo que debo conceder para que se verifique la resurreccion de todos los hombres en sus propios cuerpos, como se echará de ver por las siguientes reflexiones.

Sabemos que los hombres han de resucitar; mas no sabemos cuál será la grandeza de sus cuerpos, y ménos sabemos qué cantidad de materia se contendrá en cada uno de ellos. Si supusieramos que cada hombre debiera resucitar con un cuerpo que tuviese por exemplo ciento y quarenta libras de materia terrestre, desde luego podriamos conjeturar con poca diferencia el mayor número de años que podia durar el mundo; y para tal conjetura nos daría alguna luz el cálculo que hiciesemos sobre la cantidad (1) de materia que

(1) Un pie cúbico de tierra crasa pesa comunmente 140 libras: por tanto, una legua cúbica de dicha tierra (la legua tiene 13,698 pies de Paris) pesará 359775200000000 libras; y suponiendo que toda la materia terrestre sea proporcionalmente del peso mismo de la tierra crasa, el globo terrestre pesará 444899400000000000000000 libras. (Este número contiene veinte y cinco cifras). Si suponemos que la mitad de este peso es de metales y de otras materias desproporcionadas para formar el cuerpo humano, resulta el mismo número de ceros con estas cifras al principio 2224497. El cuerpo humano convierte en sí la materia de la atmósfera: por tanto, la materia de esta

que hay en la tierra y en su atmósfera. Mas esta suposición es aerea, y ciertamente no conviene á aquel estado de inmortalidad en que resucitarán los hombres con su propio cuerpo para vivir eternamente sin necesidad de alimentarse, ni de otras cosas que son consecuencias naturales del continuo alimento, y sucesiva nutrición. Yo confieso ingenuamente que nos es desconocido el modo con que resucitarán los cuerpos; pues el ingenio humano descubre varios, y al mismo tiempo conoce que en los arcanos de la divina sabiduría se contendrán archivados otros infinitos, que no podemos alcanzar ni entender las criaturas. No obstante todo esto, de un artículo que sobre la resurrección

debe tambien entrar en cuenta. El peso de la materia de la atmósfera se calcula mejor y mas claramente que el de la tierra; porque segun las experiencias del barómetro, podemos suponer que el peso de toda la atmósfera equivale al que tendria una atmósfera de agua de treinta pies de altura. Por quanto un pie cúbico de agua llovediza suele pesar de 63 á 64 libras, suponiendo el peso de 63 libras, se infiere que sobre cada pie cuadrado de la tierra corresponden 30 pies cúbicos de agua, que pesan 1890 libras; y porque cada legua quadrada consta de 187635204 pies quadrados, cada legua quadrada contendrá sobre sí el peso que resulta de este último número, multiplicado por 1890. Ultimamente, porque toda la faz terrestre consta de 25858089 leguas quadradas, para inferir el peso de toda la atmósfera, basta multiplicar este número de leguas por el número de libras de peso que descarga ó corresponde á cada legua quadrada, y resultará una cantidad numérica poco menor que la que se puso ántes para expresar el peso de toda la tierra.

Esta cantidad de materia de la atmósfera, con la que

con-

ción nos enseña el dogma, y de lo que sobre la misma dicta la razon natural, infiero una conjetura bastante probable del modo con que el cuerpo resucitará. El dogma y la razon nos dicen que la resurrección del hombre para recibir el premio ó castigo merecido, debe ser en su *propio* y *mismo* cuerpo en que vivia, y obró bien ó mal. Segun esto, la duda toda se reduce á investigar qual sea el *mismo* y *propio* cuerpo del hombre.

Segun toda física debemos considerar en este un cuerpo que podemos llamar *propio*, y otro que digamos *accidental*, *pasagero* ó *visible*. Esta distinción no

es

contiene la tierra, bastaría para que el mundo durase muchos millones de años con el número de hombres que ahora le pueblan; pues si suponemos de 34 años la vida media de todos los hombres, y que el número de estos en el mundo sea mil millones, en un millon de años habrán vivido 29412000000000 hombres: los quales (contando 140 libras de tierra por cada uno) tendrían el peso de 4117680000000000 libras; y este número es millares de veces menor que el número de libras que pesa la atmósfera, y mucho menor que el número de libras que pesa el globo terrestre. Esto se infiere en suposición de conceder á cada hombre en la resurrección 140 libras de peso; mas porque, como se dirá despues, los hombres resucitarán en su *propio* cuerpo, y este es de pocos átomos, la materia terrestre bastaría para que el mundo aunque estuviera millones de millones de veces mas poblado que está actualmente, pudiera durar mas millones de años que puede comprender distintamente el ingenio humano. El lector no desprecie estas máximas como consecuencias de cálculos arbitrarios: si los he hecho, como matemático, como físico y filósofo, los he fundado en antecedentes probables.

es arbitraria, sino real, como inmediatamente se probará. Es cierto que la prueba no llega á mostrar sino lo que es cuerpo accidental ó pasajero del hombre; mas si nos constase de lo que es cuerpo accidental, esto nos bastaria para saber lo que es cuerpo propio del hombre, al qual solamente se promete la resurreccion.

Para venir en conocimiento práctico y evidente de la verdadera distincion entre el cuerpo *propio* y *accidental* del hombre, basta que reflexionemos sobre un caso que sucede freqüentemente, y es el siguiente. Enferma un hombre gruesísimo que pesa quatrocientas libras, y despues de una gravísima enfermedad de varios meses, se ve quedar como un esqueleto viviente sin carnes, enjutos los huesos, nervios y piel. El hombre pues, que ántes pesaba quatrocientas libras, suele despues pesar ménos de ciento. El enfermo convalece y vuelve otra vez á su antigua gordura. En este caso en que el hombre pierde mas de trescientas libras de carne, y despues vuelve á recobrar otras trescientas, pregunto yo: ¿se deberán ó podrán llamar cuerpo *propio* del hombre las trescientas libras de carne que perdió, y las otras trescientas libras que despues adquirió? Ciertamente no son su cuerpo *propio* las trescientas libras de carne que perdió; ni tampoco las trescientas libras que de nuevo adquirió, porque si suponemos otra enfermedad igual, las volverá á perder otra vez. Este exemplo práctico nos hace concebir una idea clara de que en el hombre se da un cuerpo, que con razon llamamos accidental ó pasajero; y al mismo tiempo nos hace conocer que á este cuerpo pertenecen los efectos diarios que vemos en la continua y sucesiva mutacion de carnes que hay en el hombre, como claramente se prueba con el siguiente práctico exemplo.

Supongamos en la edad de ciento sesenta años una persona que habiendo sido robustísima, se halla ya casi un esqueleto viviente, con huesos, nervios y piel, y con el humor preciso para la vida; y que su peso sea de sesenta libras. Este caso quizá se da prácticamente hoy en la negra llamada Luisa de Tucuman, de que se habló ántes. En esta suposicion calculemos el peso de los alimentos que en toda su anterior vida ha tomado ó comido esta negra, lo que ha convertido en propia substancia, y lo que ha perdido sucesivamente. Computándose por alimento la comida, la bebida, y lo que se recibe de la atmósfera, se puede suponer de ocho libras el alimento diario, el qual en ciento y sesenta años hará el peso de quatrocientas sesenta y siete mil, y doscientas libras. De este peso quitemos lo que cada dia la negra convertia en propia substancia. Esto es, supongamos que cada dia de las ocho libras de alimento, convertia en propia substancia una sola onza. En esta suposicion la negra habrá convertido en propia substancia tres mil seiscientas y cinquenta libras de alimento; y las otras quatrocientas sesenta y tres mil quinienta y cinquenta libras que sobran, habrán resistido á la incorporacion, ó habrán sido expelidas sin mezclarse nada con la substancia corporal. Esto nos hace conocer, como en un antropófago, por mas carne humana que coma, puede esta no mezclarse jamas con el cuerpo del antropófago.

Pasemos ahora á exáminar ó averiguar el vario suceso de las tres mil seiscientas y cinquenta libras de alimento que la negra ha convertido en propia substancia; y veamos si ellas forman ó no su propio cuerpo. Por quanto la negra pesa actualmente sesenta libras, y en ciento y sesenta años ha convertido tres mil seiscientas y cinquenta libras de alimen-

to en propia substancia, se infiere que la dicha negra en su edad pasada ha perdido sesenta veces el peso actual de sesenta libras que tiene. Ahora pues, habiendo perdido la negra sesenta veces el peso actual de su cuerpo, pregunto yo, ¿quál es el propio cuerpo de la negra? Lo perdido ciertamente no lo es. ¿Lo será todo el cuerpo visible que ahora tiene? Esto es imposible, porque si vive aun treinta y dos meses, y suponemos que para mantenerse convierte cada día una onza en propia substancia, en este tiempo habrá adquirido sesenta libras de substancia; y puede ser que despues de dicho tiempo pese ménos de sesenta libras. En este caso los huesos, nervios, carne y piel habrán dexado por traspiracion muchas particillas de propia substancia para dar lugar á las que por medio de la continua nutricion han entrado en su lugar, ó se han convertido en propia substancia. Y esto que decimos en el caso de la negra, se debe entender de todos los hombres, los cuales diariamente convierten en propia substancia alguna cosa de los alimentos, y al mismo tiempo van perdiendo lo que ántes han adquirido; "por lo que, como dixo el gran Hipócrates (1), con
"quien

(1) *Magni Hippocratis Coi opera gr. ac lat. studio Petri Van-der-Liuden.* Lugd. Batav. 1665, 8, vol. 2, lib. 1, n. 21, p. 198. Platon dice: "Qualquiera de los animales, miéntras vive, se dice que siempre es el mismo en la juventud ó en la vejez: mas no por esto contiene siempre las mismas cosas; pues continuamente se está renovando, y despojándose; esto es, del pelo, de la carne, de los huesos, de la sangre, y de todo el cuerpo." Véase: *Omnia divini Platonis, opera*

"quien conviene Platon, el cuerpo por naturaleza y necesidad no persevera jamas el mismo, pues se disuelve en todas las cosas, y con todas se mezcla."

Segun esta explicacion es innegable que en el hombre existe un cuerpo que se debe llamar *pasajero ó accidental*; y que habiendo de resucitar el hombre en su propio cuerpo, no debemos entender por propio cuerpo lo que es accidental al hombre; pues que yo, por exemplo, no reputo por propio cuerpo mio las carnes y substancia que perdí diez años ha. La dificultad está en reducir la presente cuestión á sus últimos términos, é indagar de este modo qué cosa sea este cuerpo *propio* del hombre. Para esto voy á determinar mas claramente lo que es cuerpo accidental del hombre; y por medio de esta industria, excluyendo lo que es accesorio en el hombre, se podrá venir en conocimiento de lo que le es propio.

El cuerpo del hombre consta de sólidos y flúidos: en estos se entienden todos los humores y espíritus, ó xugos; y en aquello se entienden la carne, los huesos, nervios, membranas, &c. Los sólidos, segun los modernos, se pueden reducir solamente á huesos y nervios, pues que algunos hombres se llegan á secar tanto, que en ellos no se advierte otro sólido, sino nervios y huesos; y en estos, aunque partes las mas duras del cuerpo, se contiene gran cantidad de flúidos. Asimismo en el cuerpo del hombre se advierten determinadas leyes de obrar conformes á su naturaleza; así como en las plantas y animales se observan otras semejantes que convienen con su propia na-

ra translatione Marsilii Ficini. Venet. 1556, fol. lib. 25: *convivium, vel de amore*, p. 294.

naturaleza; y de estas leyes proviene, que si el hombre y un pez, por exemplo, comen pan; este en el hombre forma flúidos y sólidos diferentes de los del pez. Constándonos de todo lo que compone ó forma el cuerpo del hombre, veamos ahora qué cosa es accidental ó propia del hombre en todo este compuesto. Los flúidos ciertamente no pertenecen al cuerpo propio del hombre; porque ellos se aumentan y disminuyen sensiblemente cada mes con la traspiración y con las sangrías, las cuales en algunas personas les hacen mudar toda la masa de la sangre en pocos años: y en la ciudad de Cesena conozco yo una señora que en dos años con las sangrías ha perdido tanta sangre como tiene. A la verdad, si en la hora de la muerte un hombre, por efecto de alguna rara enfermedad, perdiéra ó echára fuera de sí todos sus flúidos, no por esto diríamos que el cuerpo propio de este hombre se habia desaparecido. Por tanto es necesario decir, que los flúidos del cuerpo humano pertenecen al cuerpo accidental del hombre, y no al propio.

En orden á los sólidos del cuerpo, no podemos decir que todos ellos formen el cuerpo propio del hombre, porque no hay duda que los sólidos adquieren y pierden substancia, y en ellos hay gran flúido, como se ve por la experiencia en el mucho aceyte y agua que los alquimistas sacan de los huesos (1) que parecen estar muy secos; y prueba de lo mismo tambien es el ver que de un cuerpo humano quemado, apenas quedan siete onzas de cenizas. Esto nos hace concebir clara idea de la poca materia que

(1) Nieuwentit. *L'existence de Dieu demontree par les merveilles de la nature*, lib. I, cap. 10.

compone lo que es cuerpo propio del hombre; y de que suponiéndose en esta poca materia una incapacidad ó resistencia á unirse con la substancia de cualquier viviente, todos los hombres puedan resucitar en su propio cuerpo.

Mas ya que en fuerza del natural raciocinio, fundado sobre la experiencia, se ha llegado á conocer y distinguir lo que es cuerpo accidental del hombre, parece que el mismo raciocinio nos podria dirigir hasta descubrir lo que es cuerpo propio del mismo hombre. No podemos señalar ó determinar este cuerpo propio tan visiblemente como se señala el accidental; mas se podrá señalar probabilísimamente diciendo, que el cuerpo propio del hombre es aquella materia á que se unió el alma; la qual materia contemplamos como una semilla ó pimpollo del cuerpo del hombre. Esto es, la semilla ó pimpollo del cuerpo humano se va desenvolviendo ó extendiendo; y al mismo tiempo va recibiendo dentro de sí otras partecillas de materia, con que se forma el cuerpo accidental; pues que estas sucesivamente se unen y desamparan al dicho pimpollo. A este físicamente se unió el alma quando Dios la crió, y por tanto persevera siempre en el hombre el pimpollo de su cuerpo; lo que no sucede á las partes accidentales de este, que no perseveran jamas unidas al dicho pimpollo. De aquí es, que para la resurreccion del hombre en su propio cuerpo, basta que el Señor conserve su cuerpo propio ó pimpollo, el qual desenvolverá hasta aquella grandeza que el Señor quiera. El mismo pimpollo, aunque de poquísima materia, se puede desenvolver hasta formar una extension grande; pues la materia de la luz, como un grano de arena, se extiende hasta ocupar espacios de millones de

»la de estos. Así son diferentes las claridades del sol,
 »de la luna, y de las estrellas; y una estrella se di-
 »ferencia de otra en la claridad. Así pues sucederá
 »en la resurreccion de los muertos. Se siembra en
 »la corrupcion, y lo sembrado retoñará en la incor-
 »rupcion.... Conviene que este cuerpo mortal se vis-
 »ta de la inmortalidad, y que lo corruptible se vis-
 »ta de la incorrupcion (1).» Estas son las palabras
 de San Pablo, el qual claramente nos dice que la
 resurreccion está prometida no al cuerpo *accidental*
 del hombre, sino al *propio*; esto es, á la carne á
 que se unió el espíritu humano; y el Señor vesti-
 rá, como quiera, esta carne: mas porque San Pa-
 blo nos dice, que á cada semilla da el Señor su pro-
 pio cuerpo, podemos por esto entender que al pim-
 pollo del cuerpo humano dará materia propia del
 mismo cuerpo; y siempre que resucite el pimpollo
 del cuerpo que perseveró perpetuamente en vida mor-
 tal unido con el alma, será verdad que el hombre
 resucita en su *propio* cuerpo: así como se dice que
 el hombre lleva á la sepultura el propio cuerpo que
 sacó del vientre de su madre; lo que rigurosamen-
 te se debe entender de lo que es cuerpo *propio* del
 hombre, y no cuerpo *accidental* (2).

AR-

(1) I. ad Corinth. cap. 15, v. 15.

(2) Los teólogos y sagrados intérpretes mueven mu-
 chas questões sobre varias circunstancias de la resurrec-
 cion, como sobre el tiempo en que sucederá; si la resur-
 reccion será de dia ó de noche; si precederá algun sonido
 ó voz sensible ántes de empezar la resurreccion; si re-
 suscitarán todos los muertos, y en un mismo instante; si
 la resurreccion sucederá en los sepulcros, adonde venga el

es-

ARTÍCULO IV.

*La admirable resurreccion de nuestro Señor Jesuchris-
 to Dios humanado, fundamento de la universal resur-
 reccion de todos los hombres, demostrada en
 juicio contradictorio.*

«A Jesuchristo diré con Tertuliano (en su tra-
 »tado sobre la resurreccion de la carne) estaba reser-
 »vado el revelar las cosas ocultas, el declarar las du-
 »do-

espíritu para animar al cuerpo; qual será la naturaleza
 de los resucitados; qual su edad, su estatura y sexò, y
 que sucederá á los que murieron sin bautismo y sin culpa
 personal. Lo que sobre estas dudas se puede responder, se
 contiene en esta breve reflexion. Es de fe que hasta los
 mismos ángeles (*Marc. 13. 32.*) ignoran el tiempo de la
 resurreccion universal, y que solamente Dios es el que lo
 sabe (*Act. apost. 17.*): por tanto, en vano se fatigan los
 hombres que señalan la duracion del mundo por tantos
 años. Es igualmente de fe que todos los hombres han de
 resucitar (*I. ad Corinth. 15. 51.*). Los judíos por tradicion
 (*S. Hieronym. in Matth. 24. 31.*) creian que la resur-
 reccion seria de noche ó al amanecer, lo que se conforma
 con el tiempo en que nuestro Señor Jesuchristo resucitó.
 Precederá á la resurreccion una voz ó sonido sensible en
 todo el mundo, como claramente lo dice la sagrada Escri-
 tura (*Joan. 5. 28. Matth. 24. 31. I. Corinth. 15. 51.*).
 Segun varios intérpretes, y principalmente griegos (*S.
 Chrysost. Theophylat. Theod. in I. Corinth. 15. 51.*) los
 que vivan al tiempo del sonido para la resurreccion, pade-
 cerán una transmutacion en su vida mortal, segun aquel
 dicho del Apóstol (*I. Corinth. citada.*) *Omnes quidem re-*

TOM. VII.

Ddd

sur-